

chichimecas celosos de la conservacion de sus costumbres tradicionales, ó hicieron entrar en la liga á casi todos los feudatarios del imperio, temiendo verse á su vez, despojados de sus señoríos; y contando entre otros apoyos con el muy poderoso de Acolhua II de Azcapuzalco, el lugarteniente Tenancacáztzin se proclamó y coronó emperador en Tenayocan el año de 1299, segun Veytia; tomando el dictado de gran teuchtli. Los pocos señores que permanecieron fieles á Quinantzin, tuvieron que salir clandestinamente de sus Estados para salvar la vida, y acudieron á refugiarse en Tezcoco, á cuyas murallas vio circunscrita el legítimo emperador su autoridad, no obstante que tambien contaba con la fidelidad de Xaltocan, Coatlychan ó Cohuatitlan y Huexotla.

Era evidente que los rebeldes no pensaban dejarlo en pacífica posesion de su antiguo reino; mas la firme y resuelta actitud defensiva tomada por Quinantzin en su capital, y los celos y diferencias que á poco surgieron entre el nuevo emperador de Tenayocan y el rey de Azcapuzalco, lo salvaron de pronto, y mas tarde los elementos de fuerza que lograron reunir Quinantzin, el disgusto con que los chichimecas comenzaron á ver á Tenancacáztzin y la ambicion de Acolhua II, vinieron á dar nuevo giro á los sucesos en favor de la causa de la legitimidad y de la civilizacion, como dirémos á su tiempo, volviéndonos á ocupar por ahora de los aztecas.

Su caudillo Huitzilihuitl casó con una sobrina de Acolhua II de Azcapuzalco, y de tal matrimonio nació Acamapitzin, que fué mas tarde primer rey de los mexicanos. Coxcox habia ascendido al trono de Colhuacan, y como los xochimilcos se extendiesen por las riberas de la laguna de Chalco, tuvieron disputas y encuentros parciales con los cólhuas, alegando éstos su derecho á la pesca, y acabando aquellos por venir con fuerte ejército sobre Colhuacan: fueron rechazados, amenazaron con volver en número mas considerable, y Coxcox invitó á los aztecas de Chapultepec á que le ayudaran contra sus enemigos. Clavijero, siguiendo diversas relaciones, pinta á los aztecas por aquel tiempo sometidos enteramente á los cólhuas, y dice que estos, solamente en el temor de ser vencidos por los xochimilcos, se decidieron á armar á sus esclavos y á solicitar su auxilio. Lo cierto es que los aztecas aprovecharon la ocasion de lucirse, y careciendo de armas, que tampoco podian proporcionarles los cólhuas, cortaron los carrizos de las ciénegas, majándolos y formando con ellos rodela ó escudos, y labraron largos bastones, aguzándolos por una de las extremidades y endureciendo la punta por medio del fuego. Hecho esto y llevando cada uno al cinto un puñal de obsidiana y una espuerta de palma que llamaban *tenatli*, se reunieron al mando de Huitzilihuitl y acudieron á presentarse á Coxcox, quien arengó á sus fuerzas en Colhuacan y dispuso que los

aztecas fueran separados de los cólhuas, constituyendo la vanguardia de la expedición.

Dícese que Huitzilihuitl sospechó, no sin fundamento, que se trataba de sacrificar á sus vasallos, á fin de que el enemigo cebado en ellos, fuese repentinamente embestido por las fuerzas de refresco de Colhuacan, alzándose éstas con toda la gloria del triunfo; pero que calló y disimuló, oíéndose á mandarles que á la hora del combate no matasen ni apresasen á xochimilco alguno, contentándose se con cortar á cada vencido la oreja derecha y guardarla en el tenatli. Al encontrarse los aztecas con el ejército contrario, por agua y tierra, se sirvieron de los bastones como punto de apoyo para abordar los esquifes, pararon los dardos con las rodela, vencieron por medio de su fuerza muscular á los xochimilcos, los desarmaron y desorejaron, y dejándolos libres, siguieron en persecución de aquellos que, sin haberse rendido huían hácia las montañas. Los cólhuas al llegar, embistieron y apresaron á los desarmados, tomaron y saquearon á Xochimilco, y, firmada la paz con los agresores, quienes se comprometieron á no disputarles en lo sucesivo el derecho de la pesca en las costas de Colhuacan, se volvieron á sus tierras.

Sentado Coxcox en el trono, presentáronsele los cólhuas con los prisioneros que cada cual habia hecho, solicitando el premio ofrecido y burlándose de los aztecas que no tenían cautivo alguno. Callaban éstos sufridos

do las burlas, hasta que Huitzilihuitl habló á Coxcox en los términos siguientes: (1) "Bien conocí que el haber mandado que fuésemos delante á embestir primero á los xochimilcos, fué para que descargando en nosotros su mayor furia, tuvieran menos que hacer tus cólhuas y á menos costo se apropiaran el logro de la victoria. Así ha sucedido, y ahí los tienes jactándose de su valor por los muchos prisioneros que hicieron; pero mándalos reconocer y hallarás que á todos les falta la oreja derecha, porque antes que llegasen tus cólhuas ya los habian vencido y desarmado mis vasallos cortándoles las orejas que traen en sus espuelas." Diciendo esto, mandó á los aztecas que las mostrasen, y vaciando cada cual su tenatli, fueron contadas y resultaron en mucho mayor número que los prisioneros hechos por los cólhuas y que tenían todos cortada la oreja diestra. Entonces añadió Huitzilihuitl: "Ya ves que incomparablemente es mayor el número de los vencidos por mis aztecas, que el de los apresados por tus cólhuas; los que les quitaron armas y orejas muy bien pudieron haberlos muerto ó apresado; mas yo les mandé que los dejasen vivos, para que se aprovecharan de ellos tus vasallos y lograsen los premios que ofreciste." Confusos quedaron Coxcox y los cólhuas todos, conociendo la astucia y la fuerza de sus aliados ó esclavos,

(1) Veytia.

á quienes procuraron satisfacer y halagar de cuantos modos les era posible.

Clavijero, apoyándose en algunas de las relaciones que suponen á los aztecas esclavos de los cólhuas, dice que debieron su emancipacion al asombro y temor causados á sus dominadores por el rasgo de que hemos hablado, y al terror que pocos dias despues fundió á los mismos cólhuas el sacrificio de unas víctimas humanas, las primeras que los aztecas inmolaron en el centro del Anáhuac. Creemos nosotros con Veytia, que los aztecas siguieron viviendo en Chapultepec en alianza con los de Colhuacan y de Azcapotzalco, y que no fué sino despues de su agresion á Tenayocan y de haber reconocido por caudillo á Xiuhtemoc, rey de Colhuacan, la muerte de Coxcox, cuando emigraron por mandamiento de aquel monarca que no podia reducirlos al órden ni acallar los celos y rivalidades de los cólhuas; pero antes de pasar á la narracion de todos estos sucesos, dejémos consignada la anécdota de Clavijero relativa al sacrificio que acabamos de mencionar y á sus resultados.

Segun tal historiador, en la guerra contra los xochimilcos hicieron los aztecas cuatro cautivos á quienes mantuvieron ocultos con la correspondiente guardia. Pocos dias despues de la exposicion de las orejas en Colhuacan, resolvieron aquellos erigir un altar á su dios Huitzilopochco, y queriendo en la dedicacion ofrecerle algun objeto precioso

enviaron á pedirlo humildemente á Coxcox, quien, por desprecio, les envió con los sacerdotes cólhuas un pájaro muerto en un saco sitio de tela muy burda, que los portadores dejaron en el altar, retirándose sin hablar palabra. Los aztecas, ante burla tan indigna, disimularon su enojo; quitaron del altar aquellas inmundicias y pusieron en vez de ellas un cuchillo de obsidiana oculto entre yerbas aromáticas. Convidaron á la ceremonia de la dedicacion al rey y á los nobles de Colhuacan y estos, creyendo que no les faltaria materia para reir, asistieron empeñosos. Comenzó la fiesta con baile solemne, y cuando mas entretenidos estaban los circunstantes, sacaron los aztecas á sus cuatro cautivos, hicieronlos danzar un breve rato, y en seguida los tendieron sobre una piedra y les abrieron con el cuchillo el pecho, extrayéndoles el corazon que, palpitante todavia, arrojaron á los piés del ídolo. Aterrorizados los cólhuas huyeron inmediatamente á su corte, é instigado por ellos Coxcox, dió órden á los aztecas de salir de sus dominios, como lo hicieron, retirándose sucesivamente á Megicatzingo, á Iztacalco y al sitio donde fundaron mas adelante la ciudad de México.

VIII.

*Guerra de los aztecas con Tenancacáltzin.— Ocupación de Tenayocan.— Generosidad de Quinantzín.— Acolhua II usurpa, á su vez, la corona imperial.*

Segun las narraciones que juzgamos verdicas, los aztecas, despues de haber servido de auxiliares á los cólhuas en su guerra con Xochimilco, siguieron viviendo pacificamente en Chapultepec y demas puntos que de antemano ocupaban, si bien á causa de su astucia y el valor que desplegaron en una campaña, como se ha visto, comenzaron desde entonces á ser temidos y respetados por las tribus colindantes, y aun entraron en relaciones confidentiales con Acolhua II de Azcapozalco. Este monarca, no satisfecho con llevar en las sienes la corona de sus antepasados, aspiraba á quitarla del imperio usurpador que se habia alzado con ella en Tenayocan; y, viendo al legitimo propietario Quinantzín reducido por la fuerza de las circunstancias á su antiguo reino de Texcoco, dió principio á sus maquinaciones hacia él, que los aztecas, motu proprio en apariencia, agrediesen á Tenancacáltzin; resuelto Acolhua II á no figurar en lo mas mínimo en esta empresa por si tenia mal resultado, y á volver la cara á su tiempo, si resultaba feliz, á recoger el fruto de ella. Se vé, pues, que la política de un indio semibárbaro en el siglo undécimo, no desdecia de la que con aplauso

casí universal ha empleado en pleno siglo XIX el rey de Cerdeña, valiéndose de Garibaldi para destronar al de Nápoles.

Secretamente provoyó Acolhua II á los aztecas de armas ofensivas y defensivas, y aun de gente que se mezclara en sus filas para engrosarlas, y como aun así nuestros factores careciesen de los elementos necesarios, no menos que de razon plausible para declarar una guerra formal, (1) libraron en la astucia y la sorpresa el éxito de la pirática que emprendian, y marcharon á la deshilada para Tenayocan, atacando de improviso una noche tal plaza: fueron rechazados con asaz pérdida, se retiraron á Chapultepec, y encendiendo los ánimos la herida del amor propio, y alentada nuevamente la confianza con los discursos y refuerzos del de Azcapozalco, que fingia no poder impedir que sus vasallos, sin su real conocimiento, acudiesen á alistarse entre los aztecas en calidad de voluntarios, volvieron éstos á la carga. Al frente de considerable ejército salió Tenancacáltzin á encontrarlos, y la batalla tuvo lugar á inmediaciones del cerro de Tepeyacac. Mandaba á los aztecas su caudillo Huitzilihuitl, y en ambos bandos sufrieron graves pérdidas;

(1) El abate Brasseur dice que, habiendo vuelto á poblar los aztecas á Tepeyacac, les exigió tributo Tenancacáltzin, amenazándolos con arrojarlos de allí si no lo pagaban, y que tal fué la causa de la guerra. Otros historiadores no hacen mención de la expresada circunstancia.

lta  
di-

pero, siendo mayores las de los imperiales, comenzaron éstos á retirarse, perseguidos de los aztecas, quienes entraron macana en mano á Tenayocan, saqueando la ciudad, haciendo en ella horrible estrago y retirándose en seguida á Azcapozalco á dar cuenta del suceso.

En el horror de la derrota de su ejército y del saqueo de su corte, quiso Tenancacáltzin poner en salvo su persona, y fué con algunos de sus palaciegos á pedir hospitalidad á los reyes de Xaltocan y de Cahuatitlan; mas siendo entrambos partidarios decididos de Quinantzin y no picándola de generosos, rehusó dar amparo al perseguido, pasaron al rey de Texcoco aviso de lo ocurrido, para que apoderándose de su enemigo, vengase la traición. "El generoso monarca—dice Veytia—les respondió sin detenerse: que nunca habia pensado manchar sus manos en la sangre de su tío, ni creia digna accion de un rey vengarse en un fugitivo: que antes bien le pararía mas propio y conforme á su sangre perdonar al ofensor que aumentar afliccion á un afigido; y que así, puesto que no podian debian darle el socorro que pedia, por lo menos le defendiesen de sus enemigos si este le perseguian, puesto que habia venido á parararse de ellos; que él, por su parte, le ofrecia salvo-conducto y paso franco por sus dominios para que se retirase la tierra de paz á guardar el corto resto de vida que le quedaba." Hizose como dispuso Quinantzin

la historia no vuelve á mencionar al primer usurpador de la corona imperial.

Esta, sin embargo, no volvió por entonces á las sienas de Quinantzin. Visto el resultado de la empresa de los aztecas, Acolhúa II convocó á los príncipes y señores; hizoles saber que él habia sido el autor y director de la guerra para destronar á Tenancacáltzin, notando que Quinantzin no daba paso á ello; díjoles, por último, que, puesto que este príncipe tenia tácitamente abandonada la corona, y que él, Acolhúa II, se consideraba con derecho á ella como nieto de Xolotl, aunque por linea materna; habiéndola, ademas, rescatado de manos del usurpador, se la ceñia desde entonces y esperaba ser de todos reconocido en su nuevo carácter de supremo imperante. Su discurso no convenció del todo á los príncipes y señores, quienes bien conocian que continuaba la usurpacion; pero temerosos del poder de Acolhúa, á quien apoyaban los aztecas, y pensando por otra parte que en la prolongacion del desórden podrian hacer ilusorio el pago del feudo y acaso hasta independerse, manifestáronse conformes y sumisos. La coronacion de Acolhúa II de Azcapozalco como emperador chichimeca tuvo lugar en 1299, segun Veytia; el abate Brasseur la señala muchos años antes de esa fecha.

IX.

*Guerra de los partidarios de la barbarie contra Quinantzin.— Muerte del infante Nopaltzin.— Restitucion de Acolhua II á Quinantzin la corona imperial.— Rebelion de los cuatro hijos mayores del emperador y su castigo.*

Al coronarse Acolhua II emperador, Quinantzin no hizo demostracion alguna de hostilidad contra este nuevo usurpador, y, fiel al plan de conducta que de antemano se habia propuesto observar, siguió trabajando en sus dominios de Texcoco en pro de la civilizacion, confiado en que el curso de los acontecimientos provocados por el espíritu de independencia de los feudatarios del imperio, vendria á nulificar la autoridad de Acolhua y á restablecer la suya propia, desembarazándole de este segundo monarca intruso como lo habia sido ya del primero.

Desde luego correspondieron á tal esperanza los régulos de Meztitlan, Tototepec y Tollantzinco, negándose á pagar el tributo á Acolhua; mas, como al mismo tiempo eran partidarios y representantes de la barbarie chichimeca que veia en Quinantzin á su principal enemigo, levantáronse en armas contra este principe, á instigacion de los antiguos revoltosos Yacanex, Ocotox é Icnex; y resolvieron á despojarlo del reino de Texcoco, marcharon sobre la capital del mismo nombre con cuatro ejércitos, que debian simultáneamente embestirla por otros tantos puntos.

“Por la parte de Cnauhximalco,—dice Veytia—que es á lo último de la sierra de Tlaloc, venia un trozo mandado por los señores de Meztitlan y Tototepec, compuesto de las naciones tepehuas y mezcas; otro por Zoltepec mandado por Icnex, aquel caballero rebelado á quien habia puesto Quinantzin por gobernador de sus cercados; otro por Chiuhauhtla mandado por Yacanex, y el otro por Patlachiuhcan, de la gente de Tollantzinco, mandada por su señor y por Ocotox.”

Aunque cogieron desprevenido en apariencia á Quinantzin, este rey, previendo con anticipacion sus proyectos, habia reunido tropas considerables y fortificado hábilmente su capital, de modo que, dejándola con buen número de defensores, avanzó al encuentro de sus contrarios, dividiendo tambien su ejército en las secciones que ellos traian, y confiando su direccion á los dos infantes hijos suyos Nopaltzin y Tochintzin, y á los reyes de Xalotocan y Coahuatlan sus aliados. El mismo Quinantzin marchó con parte de sus fuerzas á recibir por la sierra de Tlaloc á las que venian al mando de los señores de Meztitlan y Tototepec, y encontrándolas á inmediacion de Quauhximalco, trabóse la batalla que duró varios dias y que perdieron, al fin, los rebeldes, cayendo prisioneros y recibiendo la muerte sus dos gefes. Persiguiendo el vencedor á los fugitivos, llegó á Tepepolco, con ánimo de castigar al régulo de aquel señorío.

lta  
di-

por haber franqueado el paso al enemigo, mas dicho régulo puso piés en polvorosa y malogró así su escarmiento. Las demas acciones del ejército texcucano habian hecho entre tanto, y quedando muertos en diversos combates los cabecillas Yacahuacan, Ocotox é Icuex. Con este último peleó cuerpo á cuerpo el infante Nopaltzin, derrotándolo y dándole alcance del lado de Zoltepec, despues de vencerlo y matarlo, se halló por haberse adelantado excesivamente á las tropas, y él mismo pereció á manos de los enemigos, viniendo á amargar tal pérdida las alegrías del triunfo, que fué cabal en sus sentidos. El cadáver del infante fué llevado á Texcoco, donde se le tributaron los honores fúnebres correspondientes á su rango. Quinantzin, usando de su proverbial clemencia, perdonó la vida á los demas prisioneros y aun volvió á poner á algunos de ellos en posesion de los señoríos que tenian anteriormente, premiando al mismo tiempo á los regulos de Xaltocan, Cohuatlitan y Huexotzinco por el auxilio eficaz que le impartieron durante la lucha.

Terminada ésta, recibió Quinantzin las enhorabuenas del rey de Colhuacan y de otros caciques ó señores que no hacian caso de los pocos dias antes viéndolo abatido. El mismo Acolhua II, temeroso de que, triunfante de la mayor parte de sus enemigos, pensara en recobrar la corona imperial de Tenayocan y hasta en despojarlo de la de Azcapotzalco,

en justo castigo de la usurpacion de que era reo, tomó el partido de ceder voluntariamente la primera con el fin de salvar la segunda; convocó en Azcapotzalco á su nobleza, y manifestó que aunque se creia con derecho al cetro imperial, como nieto de Xolotl, nunca fué su ánimo despojar á Quinantzin, sino quitarlo á Tenancacáltzin y restituirlo á su legítimo dueño, lo cual iba á hacer ahora que éste habia probado en la reciente lucha tener fuerzas bastantes para conservarlo. Como todos los principes y señores asistentes abrigan temor de castigo, convinieron en lo plausible de tal determinacion, excepto Tezozomoc, hijo de Acolhua II, á quien éste habia hecho donacion de la ciudad de Tenayocan; pero, ocultando el príncipe su disgusto, sometióse por entonces á las órdenes de su padre, y éste envió á Quinantzin embajadores á que le hiciesen presente su resolucion de pasar él en persona á devolver el cetro, y tambien para que investigasen de qué modo recibiria el monarca legítimo al usurpador. Quinantzin admitió con benevolencia sus excusas, y hasta fingió agradecer á Acolhua el trabajo que se habia tomado en despojar al primer usurpador de la corona para conservarla y devolverla al heredero legítimo; enviando asimismo á decirle que podian venir á Texcoco él y todos sus nobles; que serian bien recibidos; que él no empleaba enojos ni castigos en los rendidos, sino en los rebeldes; por último, que perdonaba y olvidaba cual-

quiera ofensa que le hubiesen hecho, y que en lo sucesivo solo se acordaria de la accion presente para favorecerlos en cuanto le fuese posible.

Volvieron á Azcapozalco los embajadores con tan satisfactoria respuesta; designóse el dia de la ceremonia, y tuvo esta lugar en Texcoco con una pompa jamas vista en el Anahuac. Quinantzin congregó á los reyes aliados, á los señores de Chalco, Coahuatpec, Tepeyacac y Tlaxcalan, y, acompañado de todos ellos, aguardó en el salon principal de su palacio á Acolhua II, que llegó, segun se ve en las pinturas, acompañado de una multitud de todos sus nobles y criados, no inferior en adornos y galas á los de la corte de Texcoco. Se hallaban éstos en pié formando una hilera, y en el centro Quinantzin sentado en el trono. Acolhua se adelantó, llevando puesta la corona imperial, y al llegar cerca de Quinantzin, se la quitó, hizo al dueño legitimo de ella una profunda reverencia; repitió los razonamientos que antes habian expuesto sus embajadores, y ciñó la diadema al emperador de Texcoco, saludándolo repetidas veces con el dictado de gran chichimecatl-tenchtli, haciendo que imitasen su ejemplo todos los señores de su comitiva. Quinantzin respondió con benevolencia y afabilidad, sin traer á colacion los sucesos pasados: ofreció á todos el amparo y proteccion, confirmándolos en la posesion de sus respectivos Estados; los saludó decentemente y mandó proceder á las pinturas de esta su nueva coronacion, que Veytia

señala en 1325 y el abate Brasseur en 1272, apoyándose uno y otro historiador en autoridades y relaciones diversas, como siempre sucede.

Para acabar en este capitulo con todo lo mas notable del reinado de Quinantzin, dejaremos pendiente la relacion de algunos sucesos que siguieron á la nueva coronacion de este principe, saltando á los acaecidos veinticinco años despues de haber recobrado el cetro imperial. Regia en paz sus pueblos y prosperaban estos notablemente; pero los chichimecas partidarios de la barbarie promovieron nueva sublevacion, haciendo que entrasen en sus planes los cuatro hijos mayores del emperador, á quienes pintan algunas relaciones como factores principales de la revuelta. Veytia, siguiendo tales relaciones, dice que no estaba contenta la ambicion del primogénito, y que, pareciéndole que se prolongaba mucho la vida de su padre, intentó acabar con ella para subir en breve al trono; hizo entrar en sus planes parricidas á tres hermanos, y aun los comunicó á Techtlatzin que era el menor de todos ellos, y quien, horrorizado de semejante monstruosidad, dió noticia de todo á Quinantzin. Rebeláronse repentinamente las provincias de Hnaxtepec, Totolapan, Huehaetlan, Mizquic, Cuiclahuac y otras que bañaba el mar del Sur, no menos que muchos pueblos sujetos á los reyes de Colhnacan, Coahuatitlan y Xaltocan, especialmente los chichimecas de los

llanos de Poyauhtlan, con el pretexto de hallarse oprimidos por los decretos imperiales relativos al cultivo de los campos y policía de las ciudades. Los cuatro hijos de Quinantzin, directores de la revuelta, salieron de los Estados cuyo señorío les había confiado su padre, para ponerse al frente de los rebeldes y venir á atacar simultáneamente á Texcoco.

Reunió en dicha capital sus fuerzas Quinantzin, engrosándolas con muchas otras de sus numerosos aliados, en cuyo número figuraban ya los mexicanos y tlatelolques, y, al mando seis cuerpos cuyo mando confió á los principales reyes y señores, los hizo partir á un tiempo diversas provincias de las alzadas, marchando él mismo sobre Tototlanpan, donde se habían juntado sus cuatro hijos; mas éstos, sabiendo que iba por aquel rumbo, y no teniendo valor para verle el rostro en el campo de batalla, se retiraron á los llanos de Poyauhtlan. Acudieron á este sitio los restos de todas las fuerzas rebeldes sucesivamente batidas en diversos puntos, y los demas cuerpos del ejército imperial, que lo que formaron uno verdaderamente formidable, no bajando, por otra parte, de 100,000 el número de los hombres al servicio de Quinantzin. Dióse una batalla terrible, haciendo en aquellos tal carnicería, que "corredor arroyos de sangre, tiñeron las aguas de la laguna, y en los tiempos posteriores dijeron que cierto marisco que se cria en ella á

lta di-  
nera de espuma de color de sangre renegrida, lo era efectivamente de los que murieron en esta batalla, y le dieron el nombre de *ezcahutli* de la voz *eztli* que significa *sangre*, y despues, corrupto el vocablo, llaman *izcahutli*." (1) Fueron completamente derrotados los rebeldes, y los que salvaron la vida huyeron en su mayor parte hácia Atlixco, Cholula, Huejotzinco y Tlaxcala, y aun hasta las costas de lo que despues se llamó Veracruz.

Antes de la batalla, los cuatro desnaturalizados hijos de Quinantzin, por cobardía ó arrepentimiento, huyeron por veredas escusadas y entraron secretamente á Texcoco, implorando la proteccion de la madre, quien, al recibir al vencedor acompañado de los reyes y señores aliados y de sus tropas agueridas, pidióle alguna merced en albricias del triunfo. El emperador, que estaba lejos de figurarse que sus hijos, á quienes suponía fugitivos y habia mandado perseguir activamente, se hallaran en su corte, otorgó á la emperatriz la merced que pidiera, y entonces ella descubrió el paradero de los hijos é imploró su perdon. Concediólo Quinantzin, siendo, como era, incapaz de faltar á su palabra, y generoso, por otra parte, hasta el exceso; pero deseando poner coto á nuevas peticiones de la madre, la declaró desde luego que los culpables saldrían desterrados de

[1] Veytia.

la corte y quedarían desheredados de la corona, estableciéndose en la provincia de Tlaxcala, donde les daría tierras que gobernar. Resignóse por lo pronto la emperatriz, confiando en que con el trascurso de algún tiempo lograría evitar á sus hijos aun este castigo, bien corto en proporción de la culpa; mas pocos días despues, declaró Quinantzin desheredados á los cuatro hijos mayores, y heredero de la corona al menor Techotlalatzin, así por su fidelidad, como por el heroico valor de que habia dado muestras en la reciente campaña. No pudiendo la emperatriz á fuerzas de ruegos y lágrimas conseguir que Quinantzin revocara su providencia, pudo mas en ella el amor á los hijos que sus deberes conyugales, y se retiró con los desterrados á Tlaxcala.

X.

*Los aztecas en Chapultepec y Colhuacan.—Guerra con Malinalco.—Red tendida á Copil.—Es asesinado este príncipe.—Guerra de los pueblos circunvecinos con los aztecas.—Toma y destruccion de Chapultepec.*

Uno de los pasages mas oscuros y contradictorios de la historia de México, es aquel de que nos vamos á ocupar en este capítulo, dando primeramente un extracto de la relación de Veytia, y tomando en seguida los episodios mas interesantes de la de Brasseur.

Segun el historiador poblano, bajo el reinado de Coxcox ó Coxcoxtli, sucesor de Cal-

quiyauhtzin en el trono de Colhuacan, tuvo lugar la guerra entre colhuas y xochimilcos, de que hablamos anteriormente, y en la cual los aztecas comenzaron á distinguirse no menos por su valor que por su astucia, acometiendo de allí á poco la empresa de lanzar á Tenancacáltzin del trono de Tenayocan. Anidado Acamapictli ó Acamapitzin, hermano de Acolhúa II de Azcapozalco, ante el feliz resultado de las ambiciosas intrigas de este monarca, quiso imitar su conducta y valerse tambien de los aztecas para quitar á Coxcox la corona de Colhuacan, haciendo valer los derechos de su esposa. Instigados por él los auxiliares, comenzaron á hostilizar á Coxcox, quien no les hizo caso al principio, pero tuvo, al fin, que ponerse en campaña contra ellos el año de 1301. Dióse, por principio de cuentas, una batalla en que apareció ya Acamapitzin al frente de los aztecas, y cuyo éxito fué dudoso; duró la guerra dos meses; pero, habiendo recibido refuerzos aquel gefe, cargó reciamente sobre Coxcox, lo derrotó y persiguió hasta Colhuacan, penetró en la ciudad, hizose jurar rey por la amedrentada nobleza, y el destronado imperante fué á refugiarse á la corte del rey de Cohanatlan su padre, quien lo trató de cobarde y afeminado y lo desheredó del trono que, á su muerte, le pertenecía de derecho. Acamapitzin, agradecido á los aztecas por el auxilio que le prestaron, los invitó á que se estableciesen en Colhuacan, y así lo hicieron en número conside-

rable; pero, muriendo el vencedor dos años despues, le sucedió en el mando Xiuhtemoc ó Xihuitemoc, primogénito suyo; y habiendo tambien fallecido á la sazón Huitzilihuitl, caudillo de los aztecas, reconocieron estos con tal carácter á Xiuhtemoc, quien repugnó al principio el cargo de que lo querian investir, mas admitiólo al cabo, cediendo á sus reiteradas súplicas, y entónces fué cuando el grueso de aquella tribu abandonó las faldas de Chapultepec para trasladarse á Colhuacan. No se hizo esto sin celos y disgusto de parte de los cólhuas, y como, por otra parte, el rey no lograrse mejorar las costumbres de los aztecas, que trababan riñas y cometian frecuentes robos y otros desmanes, expeliólos al fin de sus dominios.

Tal es, en extracto, la relacion de Veytia. El abate Brasseur, fundándose en otras autoridades, señala orden diverso á los sucesos; hace preceder el reinado de Xiuhtemoc al de Coxcox, y nos habla de guerras que el primero de estos historiadores para nada menciona, y de las cuales trataremos de dar idea en gracia del interes dramático de algunos de sus episodios.

Establecidos los aztecas en las faldas de Chapultepec, molestaban á sus vecinos con incursiones de mala ley, y habiendo efectuado una de estas en el territorio de Malinalco, dependiente de la corona de Colhuacan, el señor feudal de ese territorio, llamado Copil, hijo de Malinalxóchitl la hermana de Huitz-

ton, y heredero de los rencores de esta dama contra los aztecas que la dejaron abandonada en la emigracion de Aztlan y Chicomoztoc, halló ocasion á la venganza cuyo designio alimentaba; los rechazó causándoles graves pérdidas; solicitó el auxilio de los demas pueblos del valle, igualmente resentidos contra tan malévolos vecinos, y, apoyado principalmente en el rey Coxcox de Colhuacan, trató de marchar con fuerzas á Chapultepec á castigarlos. Mandaba allí á los aztecas Huitzilihuitl, y era su gran sacerdote Quauhtlequetzqui, quien veia con no pocos celos la preponderancia del órden civil sobre el sacerdotal; pero comprendiendo que entrambos órdenes peligraban con toda la tribu ante la empresa de Copil, á quien se aliaban los partidarios del rito de Quetzalcohuatl, por considerar en el de Huitzilopochtli la continuacion del de Tetzcatlipoca, reconcilióse ocultamente el expresado gran sacerdote con sus contrarios; hizo creer á Copil que por odio á Huitzilihuitl entraba en sus intereses trabajando por abrirle las puertas de Chapultepec y someterle toda la tribu azteca, y el hijo de Malinalxóchitl, no obstante su malicia y desconfianza, prestóse á concurrir á una cita que aquel le dió para una isla inmediata á Chapultepec, formada por una roca rodeada de juncos, llamada Tlalcomocco, y en la cual dice la leyenda que mas tarde se fundó la ciudad de México.

Tal isla ó islote, para hablar con mas pro-

piedad, habia sido cedido ó prestado por los cólhuas á los aztecas á fin de que ejercitasen allí su industria de pescadores. Aliado ahora Coxcox á Copil, y deseando impedir que aquellos en la guerra se sirviesen de este punto, reputado extratéjico, envió algunas barcas con soldados para que echasen del islote á los indios en él establecidos. Calculando Quauhtlequetzqui el tiempo que tardarian en llegar á Tlacomocco los soldados de Coxcox, hizo concurrir antes á Copil á la entrevista. Ciego de odio, ambicion y orgullo el señor de Malinalco, que creia verse ya á la cabeza de la nacion azteca mediante los buenos oficios de Quauhtlequetzqui, pasó acompañado de su hija Azcaxochitl y de una reducida escolta, á la consabida roca, siendo ya de noche, y no desembarcó en ella sino despues de haberse asegurado por medio de algunos agentes suyos de que el sacerdote tenia otra gente consigo que algunos miserables pescadores que permanecian allí con sus chalupas. En una cabaña frente al lago cuyas ondas lamian la base de la roca, aguardaba Quauhtlequetzqui á Copil: la conferencia comenzó al punto, haciéndose notar en ella la humildad y deferencia del primero, y el orgullo y altanería del segundo. Repentinamente Quauhtlequetzqui levantó la cara, y sus ojos brillaron con luz siniestra; dijo que Huitzilopochtli pedia el corazon de Copil, y añadió que este principe pudiera recibir el auxilio de su escolta ó defenderse por sí mismo

lo derribó en tierra, púsole la siniestra mano en el pecho, y abriéndoselo con un puñal que tenia en la diestra, le arrancó el corazon, que elevó hácia los cielos como ofreciéndolo. Al grito salvaje que lanzó al agredir á su interlocutor, salieron de entre los juncos los aztecas que habian permanecido ocultos, y se apoderaron de los nobles y soldados de Malinalco, sin que hubiesen éstos podido emprender la fuga. La princesa Azcaxochitl tambien quedó prisionera. Quauhtlequetzqui cortó en seguida á su victima la cabeza que fijó en una estaca fuera de la cabaña, y echó al lago desde lo alto de la roca el tronco y el corazon que acababa de ofrecer á Huitzilopochtli, diciendo que este dios quedaba satisfecho, y que de aquel sitio así consagrado, surgiría la grandeza azteca. Agrega la leyenda que entonces brotaron allí las fuentes de Acopilco, que mas tarde surtieron de agua al templo mayor de México. Brasseur se inclina á creer que deben existir esos manantiales bajo el piso de nuestra grandiosa catedral.

Con las primeras luces del alba llegaron los cólhuas encargados de arrojar del islote á los aztecas: sin desconfianza alguna desembarcaron; mas al ver la cabeza de Copil en la estaca, llenáronse de espanto. Presentóseles al mismo tiempo Quauhtlequetzqui, diciéndoles que Huitzilopochtli habia exigido el corazon de aquella victima, y aterrizados entonces trataron de huir; pero salien-

do los aztecas nuevamente ocultos en los juccos, dieron sobre los cólhuas, haciendo de ellos horrible carnicería y sacrificando en seguida á los prisioneros. Unos cuantos que escapado pudieron salvarse, llevaron á Coxcoatl noticia de semejante tragedia.

Si la corte de Colhuacan se llenó de asombro y horror al saberla, Chapultepec resonó con los gritos de júbilo de los astutos y cuanto sanguinarios vencedores. Quauhtetzqui, no obstante su vejez, abusó de su noble prisionera Azcaxochitl, teniendo en ella un hijo llamado Cohuatzontli, tronco de una de las primeras familias mexicanas; pero sobrevivió muy poco á tales combates, pereciendo en uno de los muchos combates que se trabaron á consecuencia de ellos, y aun se dice que la víctima de su brutalidad no fué extraña á su muerte. Los malinalces ardiendo en deseos de vengar tamaños ultrajes, ratificaron y estrecharon la liga provocada por Copil con los demas pueblos del valle, y reunieron todos ellos fuerzas considerables que los aztecas aguardaron á la defensiva en Chapultepec. Prolongábase el asedio de esta plaza que no daba indicios de rendirse cuando los sitiadores, poniendo en práctica una falsía de que sus contrarios habianles dado ejemplo, invitaron á Huitzilihuitl á salir con sus fuerzas á campo raso para que el día de una gran batalla pusiese fin á la guerra. Picaron el cebo los aztecas, adelantando una hueste numerosa al sitio designado,

dejando encomendada la guarda de la ciudad á sus ancianos y mugeres. Los aliados, después de embestir en el campo á los aztecas salidos de sus muros, hicieron que algunas fuerzas de reserva, de antemano separadas, atacasen á Chapultepec. Los defensores de la plaza se resistieron heroicamente, no obstante haberles hecho creer que Huitzilihuitl y sus huestes quedaban derrotados: á la vez, en el campo de batalla, dióse á uno y otras la noticia, falsa aún, de haber sido tomada Chapultepec, y no por ello desmayó el esfuerzo de los aztecas, quienes solamente cejaron y se desbandaron al ver desde lejos el incendio de su capital, ya ocupada por el enemigo. La mayor parte de los fugitivos se ahogaron en la laguna ó murieron á los golpes de sus perseguidores.

Huitzilihuitl, que se habia ocultado en el monte, fué descubierto en union de su hija y su hermana, y los aprehensores llevaron á los tres, desnudos, á Colhuacan, donde se les hizo morir en castigo de los asesinatos de Copil y de Acolhua II, cuyo fin la leyenda de que nos ocupamos, atribuye al gefe azteca. Al mismo tiempo fueron reducidos á escombreros los edificios de Chapultepec, y los niños y las mugeres vendidos como esclavos. Se hace mencion de un cántico de Mateuchtl, señor azteca, quien decia, lamentando los desastres de su patria: "Chapultepec ha sido castigo de nuestras desdichas: sus muros, hoy desiertos, han resonado con el choque de las

armas, y mientras consumía el incendio sus techos, cuatro sitios diversos presenciaban la derrota de nuestros guerreros. Después de haber triunfado en uno y otro combate Huitzilhuítl, vencido á su vez, fué á Colhuacan á morir en cautiverio.”

XI.

*Ojeada retrospectiva á Cholula y Tlaxcala.—Comeración de los chichimecas-toltecas.—Matanza de olmecas y xicalanques.—Encantamientos de Cuamatli en la guerra entre Tlaxcala y Huezotzotlán.—Caída de los chichimecas y restauración de Cholula.*

Hemos dicho que después de la batalla de Poyauhtlan, los chichimecas partidarios de la antigua barbarie que en aquellos llanos fueron vencidos, se retiraron en mucha parte á Tlaxcala y Cholula. Algunas crónicas relatan que esta emigración tuvo efecto con el consentimiento de Quinantzin y de los demorezeuelos y señores del Anáhuac, quienes dieron guías á los emigrantes para que, desde las alturas que circundan el valle, les mostrasen las floridas regiones de Huitzilapan. Desorientándose por el camino llamado de los cananes, se desanimaron de pronto al aspecto de las asperezas que tenían necesidad de superar, y embarazada su marcha con multitud de ancianos, mugeres y niños, fueron haciendo jornadas cortas, deteniéndose meses enteros en cada lugar, y manteniéndose de la

za de animales cuyas pieles secaban al sol para vestirse. Cuando llegaron á Cholula se hallaron con gente conocida, pues muchas familias de su raza se les habian adelantado, y acerca del establecimiento de los chichimecas en aquella floreciente ciudad consagrada al culto de Quetzalcohuatl, hay una leyenda que el carácter de este libro no nos permite pasar en silencio.

Cholula habia sobrevivido á la ruina de las principales poblaciones del Anáhuac en la primera irrupcion de los bárbaros que dieron fin al reino de Tula, y aun habia progresado con la afluencia de las personas acomodadas que salieron de otras ciudades, huyendo de los chichimecas y buscando la libertad necesaria para seguir practicando sus costumbres sociales y religiosas. Manteniase allí en todo su fervor el culto de Quetzalcohuatl; eran activos el comercio y la agricultura, y la ciudad de los cuatrocientos templos, como la llaman algunos cronistas, reconocia la autoridad de Xiuhtemoc, que, como recordará el lector, quedó á la cabeza de los toltecas en Colhuacan.

Tambien recordará el lector que los chichimecas, después de la toma de Tula, pusieron allí de rey á Hnemas III, y que reconociéndose impotentes para establecer un orden cualquiera en medio de la anarquía reinante, abandonaron la ciudad esparciéndose por diversos rumbos. Dice, pues, la tradicion que las tribus que obedecian á Ixcicohuatl, se re-

lta  
di-

tiraron por las faldas del Popocatepetl hácia las llanuras de Huitzilapan, llevando una vida tan miserable, que se ofrecian en exaltación á las poblaciones del tránsito por solicitar el alimento. Algunos restos de tales tribus llegaron en tan triste condicion á Cholula muchos años despues, y los gefes políticos sacerdotales de la ciudad de Quetzalcohuatl consintieron en recibirlos como sirvientes macehuales. Al cabo de algun tiempo estos emigrados, á quienes se daba el nombre de chichimecas—toltecas, se olvidaron de su antigua miseria, sintiendo tan solo los efectos de su abyeccion; no eran los trabajos la principal causa de su tristeza, sino los insultos y menosprecios de los cholultecas y la repugnancia con que veian el culto dado al antiguo profeta y legislador, siendo ellos inclinados al de Tetzcatlipoca su contrario, que solo podian practicar en las sombras de la noche en el recinto de sus miserables habitaciones.

El deseo de la emancipacion y la venganza comenzó á germinar en sus ánimos, y como eran muy débiles para trabajar abiertamente en su realizacion, recurrieron á la astucia del gefe Ixcicohuatl, probablemente hijo ó nieto del que los sacó de Tula, los arengaba y excitaba en secreto á recurrir á sus dioses Tetzcatlipoca en solicitud de ayuda y protección. Aparecióse tal deidad á sus conjuros repetidos; echóse en cara su tristeza y poca esperanza, anunciándoles que pronto serian dueños de aquel país en que vivian como esclavos, y les

á entender que entonando el cántico chichimeca de guerra, y haciendo danzar á los olmecas y xicalanques, actuales dueños de la ciudad, podrian acabar con ellos.

Una fiesta solemne debia tener lugar de allí á pocos dias, y, queriendo aprovecharla para sus planes, Ixcicohuatl fué á echarse á los piés de los gobernantes civil y sacerdotal, á quienes llamaban Tlachiach y Aquiach, pidiéndoles permitiesen que los miserables esclavos tomasen parte en los regocijos públicos cantando y danzando para divertir á sus amos. Accedieron á tal súplica las autoridades, permitiendo, además, que en sus pantomimas hiciesen uso los chichimecas de algunas armas viejas encerradas en los arsenales y que les fueron proporcionadas. Llegado el día de la fiesta, toda la poblacion tomó parte en ella, segun costumbre: se hicieron por la mañana solemnes sacrificios á Quetzalcohuatl, y en la noche, iluminadas las calles y plazas, sirvieron de punto de reunion al pueblo, entregado á las libaciones del *octli* ó pulque. Llegó el momento señalado para la danza de los chichimecas, y cuantos habia entre ellos en estado de tomar las armas, desde Ixcicohuatl hasta el último de los esclavos, vestidos con sus trages de gala, acudieron á la plaza principal, en redor de la pirámide, á cuyo pié estaban tendidos los petates ó esteras de los señores olmecas y xicalanques.

Comenzó el espectáculo con representacio-

nes ó farsas que hicieron reir á todos los concurrentes, y en seguida se trazó el gran círculo del baile, formándolo centenares de chichimecas en cuyo centro quedaron los músicos. Sorda y lúgubre era la orquesta, distinguiéndose en ella el sonido del teponaxtil y alternando con los instrumentos algunas canciones en alabanza de los príncipes y señores cholultecas que seguían bebiendo á mejor. Insensiblemente los compases de la música y el baile fueron siendo mas rápidas las voces de todos los guerreros uniéronse las de los primeros cantores, y se formó un coro inmenso, cuyas voces pasaron de lo triste y melancólico á lo animado y terrible, convirtiéndose al mismo tiempo la danza en una especie de torbellino espantoso en que ya no se distinguían unas de otras las formas de los indios; resonó el teponaxtil con notas fuertes y terribles, á que respondieron las algunos tambores y cuernos ó caracoles en los desiertos cuarteles de la ciudad, y á esta señal convenida, empuñando los chichimecas sus armas, dieron sobre los de Cholula que estaban iermes, desprevenidos y ébrios en su mayor parte, haciendo en ellos horrorosa carnicería, y quedando dueños de la famosa capital, á donde, al tener noticia de lo acaecido, acudieron enjambres de otros chichimecas que en distintas poblaciones mas ó menos lejanas llevaban la misma vida miserable que los establecidos en Cholula.

“La conquista de esta ciudad por los ta-

chichimecas de Yxcicohuatl—dice Brasseur—atrayendo hácia el valle de Huitzilapan la atención de las tribus nómades, contribuyó probablemente á determinar el rumbo de la emigracion de los de Poyauhtlan á consecuencia de sus combates con las naciones del Anáhuac. Se ignora, sin embargo, el tiempo que medió entre estos dos acontecimientos; lo que sí es cierto, es que en este intervalo fué cuando los hermanos de Quinantzin emigraron hácia Huexotzinco, estableciendo los fundamentos de tal señorío y de Tlaxcalan, á que dieron la última mano los hijos de aquel príncipe y sus compañeros de armas.”

Anteriores á la llegada de los hijos de Quinantzin y de los derrotados en Poyauhtlan á las llanuras de Huitzilapan, fueron, indudablemente, otros sucesos de que vamos á hacer mención. Parte de los chichimecas—toltecas posesionados de Cholula y que extendieron por todo aquel valle su dominio, fué á radicarse en Tepetipac (Tlaxcala) bajo el mando de Teuctli-Quanex. El caudillo de este nombre, abrigando miras ambiciosas, quiso de pronto sacar provecho de las ventajas naturales de su corte, y encastillóse en ella construyendo en todas las alturas circunvecinas fortificaciones que despertaron los celos y temores de los pueblos mas ó menos inmediatos, y especialmente de Huexotzinco. Uniéronse todos ellos en liga ofensiva bajo la dirección del señor de este territorio, y despues de sangrientos combates, lograron posesio-

narse de algunos de los puntos fortificados por los tlaxcaltecas; mas habiendo éstos acudido en tal apuro al emperador chichimeca de Texcoco, les envió un ejército auxiliar numeroso, y los embajadores que llevaron á Tlaxcala noticia de la salida de tales tropas, fueron tambien portadores de un vaso de azabache ricamente trabajado y que el señor del Anáhuac remitía á sus nuevos aliados como demostracion de aprecio. Fué depositado el presente en las aras de Camaxtli, divinidad favorita de Tepetipac; arribaron de allí á pocos dias las tropas texcucanas, y Teuctli-Quanex, contando ya con ellas, extendió y reforzó su linea de defensa, haciendo tajar á pico desde la cima hasta la base las montañas en que se apoyaba. Al mismo tiempo los sacerdotes invocaron á Camaxtli para saber el resultado de la gran batalla que iba á librarse. Pusieron al rededor de su altar palos secos, cañas, pedazos de obsidiana, nervios de animales, plumas y todas las materias que entraban en la construccion de sus armas; prosternáronse en seguida derramando copiosas lágrimas, orando y ayunando por espacio de muchos dias, y al cabo de ellos, habló el ídolo—dice la leyenda—para volver la calma á sus afligidos corazones.

Dijoles que nada temiesen y que podían estar seguros del triunfo; mandóles, al mismo tiempo, que buscasen entre las doncellas de la ciudad la que tuviese un pecho mas abultado que otro y que la llevasen al templo

Hecho esto, y siempre por mandato de Camaxtli, prepararon los sacerdotes un brebaje cuya bebida atrajo leche á los pechos de la virgen; la primera gota que salió al exprimíselos, fué respetuosamente recogida en el vaso de azabache regalado por el emperador, y que permaneció depositado al pié del altar entre los palos y cañas, y cubierto con ramas de laurel. En los tres dias siguientes inmolaron conejos y culebras y quemaron espinos, ortigas y una yerba aromática cuyo perfume tenia la virtud de embriagar á los concurrentes; Torquemada dice que esta yerba era parecida al beleño; Brasseur hace mencion con tal motivo de una especie de tabaco llamada *picicell* por los indigenas, y que acaso sea la mariguana. Tras todos estos sacrificios y zahumerios acompañados de no pocos conjuros, descubrieron el vaso de azabache para ver si se habia operado en él algun prodigio, y se desconsolaron no hallando en el fondo otra cosa que una mancha blanquizca que habia dejado la gota de leche al secarse.

En esto llegó el dia de la batalla, y los tlaxcaltecas salieron al encuentro del enemigo, que descendia de todas las alturas inmediatas.—Fué terrible el choque y dudoso el éxito de la accion al principio de ella; pero cuando mas se encarnizaban los combatientes cubiertos de pieles de fieras, los soldados de Quanex apresaron á uno de los de Huexotzinco y lo llevaron ante las aras de Camaxtli, abriéndole el pecho y extrayéndole el cora-

zon. Entonces los palos y cañas depositados en el templo aparecieron convertidos en arcos, flechas y macanas, y el vaso rebosando de leche blanca y espumosa. Uno de los sacrificadores desolló al huexotzinque, y revestido con su piel se lanzó de nuevo al combate, mientras el gran sacerdote, saliendo del vestibulo del teocalli, arengó á los tlaxcaltecas diciéndoles que ya Camaxtli habia obrado maravillas, derramó sobre ellos la leche que parecia hervir en la copa, entesó un arco disparando agudísimo dardo sobre el enemigo, y entonces todas las demas flechas formadas por la deidad al pié de sus aras, partieron por impulso sobrenatural sobre los huexotzinques, envueltos ya en una espesa neblina y completamente derrotados á poco.

Los pueblos vencidos en las orillas de Tepetitlac constituian la fraccion mas belicosa de los chichimecas—toltecas; sus caudillos humilláronse ante Quanax, y considerando el Tlaxiachiach y el Aquiach de Cholula, emigraron desde la matanza de olmecas y xicalanques propicia la ocasion para restablecer su imperio en la ciudad de Quetzalcohuatl, pidiendo ayuda al gefe tlaxcalteca y llevaron al cabo su empresa, lanzando del territorio á los vencedores. Las leyes antiguas recobraron todo su vigor, y Cholula en los tiempos subsecuentes se vió libre de los males de la guerra considerada por todos los príncipes y señores del Anáhuac, que acudian en peregrinacion á ella, como mansion de sus dioses, á los cu-

les elevóse gran número de templos. "Su comercio—dice Brasseur—ganó visiblemente con ello, lo mismo que su poblacion; sus mercaderes, formando una corporacion poderosa, ponian en marcha numerosas caravanas que llevaban á gran distancia los productos de su industria. Sus telas de algodón estampadas de colores vivos y variados, sus tejidos de pelo de conejo y de liebre, herencia de los antiguos toltecas, eran los mas bellos de todo el país; solicitábase sus obras de esmalte y platería al igual de las de Yucatan, y su alfarería, incomparable por lo fina y por el brillo de la pintura, excitaba largo tiempo despues de la conquista, la admiracion de los españoles. Su teatro era el mas famoso de la region azteca; su música que sabia adaptarse á todo, y sus piezas jocosas y grotescas, lo mismo que sus danzas, carecian de rival y provocaron mas de una vez los aplausos de los conquistadores y aun de los misioneros, que solieron arreglar algunos pasages de sus dramas á la escena cristiana."

XII.

*Puntos en que, al ser expulsados de Colhuacán, se detuvieron los aztecas. — Chinampas ó huertos flotantes. — Sacrificio inhumano de la princesa de Colhuacán.*

Aunque algunos historiadores no mencionan la guerra entre cólhuas y aztecas, de que hablamos en alguno de nuestros mas recientes

lta di-